



ROMANCE NUEVO
 DE
D. MANUEL DE CONTRERAS
Y DOÑA TERESA DE RIBERA.
 PRIMERA PARTE.

Refiérese como este caballero la sacó de un convento de la ciudad de Salamanca, y partiendo á Córdoba fue muerto en Sierra-Morena por un hermano de la dama, y ella desengañada se retiró á una cueva; con lo demás que se espresa.

En las ásperas montañas de Guadalupe, que vuelan por el orbe sus noticias, cuya intrincada aspereza quiere competir al cielo

en sus marañadas guedejas: formando un bosque sombrío con tantos robles y breñas. Un pastor ya se dejaba en su aprisco las ovejas,

H



y pasaba cuidadoso
 á una aldea de allí cerca,
 y para llegar mas presto
 va por escusadas sendas,
 cuando impensadamente
 le sufocan y amedrentan
 unos ecos, que con ayes
 dan de algun presagio señas.
 Quedose el pastor confuso,
 y llegándose mas cerca
 vió una hermosísima dama
 que dudaba en su belleza
 si era Palas en el monte
 ó era la hermosa Minerva,
 siendo en extremo tan linda
 que el mismo cielo la ostenta.
 Un sol parecia el rostro
 acompañado de estrellas;
 siendo rojas sus mejillas,
 dos soles consigo lleva:
 dos carbunclos son sus ojos
 que brillan con luces bellas:
 tiene la luna en su frente,
 y es de oro su madeja,
 garzota que á muchos hombres
 pudo servir de cadena.
 Orilla de sí tenia
 una famosa escopeta,
 y un hombre muerto en sus brazos,
 cuyas heridas perversas
 con la púrpura que vierten
 manchan las flores y yervas:
 estando la triste dama
 toda en lágrimas deshecha:
 y si el llanto en la hermosura
 suele estragar la belleza,
 tambien las lágrimas suelen
 perfeccionarla mas bella.
 Con lastimosos sollozos
 esta señora se queja,
 mirando al yerto consorte,

decia de esta manera:
 ¡noble dueño de mi vida,
 amada y querida prenda,
 iman de mi corazon,
 de mi alma y mis potencias!
 si tú has muerto por mi causa,
 tambien es razon yo muera;
 pues veo en tí, amado dueño,
 la luz de mis ojos muerta.
 Veo quebrado el espejo
 donde me miraba atenta;
 y veo ya el sol eclipsado,
 pues de tu rostro se auyenta:
 miro el clavel deshojado;
 cuando yo aguardaba tierna
 el descanso de tus brazos,
 y hoy los míos manifiestan
 ser un funesto teatro
 donde la muerte se hospeda.
 Ya se acabaron mis gustos,
 ya mis congojas se aumentan,
 llegó ya el fin de mis glorias,
 ya mis desdichas empiezan,
 murieron mis esperanzas
 y renacen mis tristezas.
 ¿Dónde hallaré yo consuelo
 á tanto tropel de penas?
 Solo el morir es remedio;
 ó muerte, cómo no llegas!
 Aves, fieras, animales,
 á vuestra ambicion hambrienta
 sirva mi cuerpo de pasto,
 dividid mis carnes tiernas:
 tierra, cómo no te abres!
 que allá en tus entrañas densas
 quiere verse sumergida
 quien tanto el morir desea.
 Estas palabras decia,
 y entre sus brazos le aprieta:
 y al mirarle el rostro helado,
 allí se quedó traspuesta:

llegó á este tiempo el pastor,
 diciendo: señora, ea,
 vuelve en tí, mira y repara
 quien á socorrerte llega.
 Mas viendo que no responde,
 la toma con diligencia
 en sus hombros, y á un convento
 de Monges, que está allí cerca,
 la llevó, donde al Prelado
 con requisito la entrega,
 y los Padres le dan remedios
 con muchísima presteza.
 Al cabo de breve rato
 de continuas diligencias
 volvió en sí la hermosa dama
 toda en suspiros envuelta:
 todos á un tiempo le piden,
 que de la suerte que pueda,
 les cuente su amarga historia
 que ya desean saberla.
 Formando un nuevo suspiro
 les respondió muy discreta:
 no puedo negarme, Padres,
 siendo justa la obediencia,
 á referir mi suceso
 si acaso el dolor me deja,
 pues es tanta mi afliccion
 que el corazon me atormenta.
 La muy noble Salamanca
 esa es mi patria y mi tierra;
 nací de muy nobles padres,
 mi nombre propio es Teresa.
 Apenas cumpli tres lustros
 (aquí mi desdicha empieza)
 murieron mi padre y madre,
 Dios en el cielo los tenga.
 Bajo el poder de mi hermano
 quedé, y al instante ordena
 el entrarme Religiosa,
 y yo fuí de ello contenta:
 en este tiempo, ay de mí!

un caballero, qué peña!
 galan, discreto y bizarro,
 que es Don Manuel de Contreras.
 Este á mi hermano le dió
 la vida en una pendencia:
 y mi hermano agradecido
 lo llevó á casa, y apenas
 entra, me mira y le miro,
 amor disparó una flecha
 tan aguda, que quedamos
 heridos de su violencia.
 Creció nuestro amor de suerte,
 que su ardor pasó á demencia,
 pues reconoció mi hermano
 de nuestro amor la fineza:
 quitó á Don Manuel la entrada,
 y enojado á mí me encierra,
 en un cuarto, no pudiendo
 reprimir su violencia.
 Me valí de una criada,
 la cual una noche ordena
 darle entrada á Don Manuel,
 y en mi mismo cuarto entra,
 en ocasion que á mi hermano
 el recelo no le deja
 sosegar, pues se levanta
 y á mirar la casa empieza.
 No fue mucho su silencio,
 porque al abrir una puerta
 lo sentimos, y al momento
 Don Manuel con ligereza
 quiso ausentarse, mas fue
 pública la diligencia,
 porque al salirse á la calle,
 aquí mi desgracia empieza.
 Se disparó una pistola
 y pregon fue de mi flaqueza:
 creció en mi hermano la furia,
 reconociendo su afrenta:
 pasando de sospechoso
 á tener clara evidencia.



á Egipciaca y Magdalena,
 que tanto la Iglesia admira,
 ya Teresa en el dolor
 y en el llanto las imita.
 Pero el astuto demonio
 lleno de mortal envidia
 trabajó por derribarla,
 y para mas persuadirla
 tomó el traje y semejanza
 de Don Manuel, que algun dia
 era el galán de Teresa:
 y para la cueva camina.
 Llegó á la gruta en efecto
 á donde Teresa habita,
 llamándola por su nombre,
 dice estas palabras mismas:
 ¡ó desgraciada hermosura,
 qué grande fue tu desdicha,
 pues naufragas en miserias
 en lo mejor de tu vida!
 Espejo en quien las virtudes
 unas con otras se miran,
 tú ajada y tan acabada!
 cuándo tú tan abatida!
 Y yo, de mí desgraciado,
 sin sosiego noche y dia,
 por no saber donde estabas,
 siempre adquiriendo noticias.
 Ahora pues que la fortuna
 varió, ya la suerte mia,
 dando treguas al pesar,
 quiso traerme á la vista
 del dueño que mas adoro,
 de la prenda mas querida
 que mora en mi corazon
 y en alma se avecinda.
 Quién eres tú, le responde,
 que con tan tiernas caricias
 me tratas sin conocerme?
 Pues qué no me conocias?
 mi bien, yo soy Don Manuel,
 quien tanto por tí suspira,

quien blasonando de amante,
 busca una joya perdida:
 no hallarla, fuera mi muerte,
 y hallándola, tengo vida,
 y con la gloria de hallarla
 me prometo las albricias.
 No es posible ser quien dices,
 que con ansias y agonías
 en mis brazos espiró
 por su desdicha y la mia.
 Engañada estás Teresa,
 que aunque sin habla me veías,
 no fui muerto, fue un desmayo
 por la sangre que vertia;
 para que mejor te conste
 aquí las señales mira
 de las heridas que tengo
 curadas, sanas y fijas.
 Cómo tan presto sanaste?
 Bien la verdad averiguas:
 un pastor que compasivo
 acaso buscando iba
 unas ovejas, me halló
 sin habla, como veías,
 y me trasladó á un lugar
 que estaba de allí dos millas:
 volviendo en mí, bien curado
 me vide en muy pocos dias.
 Fui á mi patria, y á mis padres
 de todo les di noticia,
 y vuelvo á buscarte fino,
 aun mas que el primero dia;
 como á su dueña te esperan,
 mejor diré como á hija.
 Determinado aquí vengo
 para que luego me sigas,
 que esto es lo que te conviene,
 no dilates la partida.
 Ay Don Manuel que ya es tarde!
 Cuál es la causa me digas.
 El voto de castidad,
 que á Dios hice con fe viva,

este voto ya el cumplirlo
forzosamente me obliga.
El dice: Teresa amada,
pues con voluntad tú misma
no me diste palabra y mano
de casamiento, aquel día
en que saliste animosa
del encierro en que existias?
Verdad es lo que me dices.
Luego si tú con la mia
tu voluntad ya la tienes
con dulces lazos unida,
sábetelo de que ya estamos,
según las leyes divinas,
para con Dios desposados
desde los primeros días.
Jamás puede una muger
deliberar por sí misma,
y sin licencia del esposo
tal cosa no determina:
tú por muerto me tuviste,
pero teniendo yo vida
el voto queda sin fuerza
como la experiencia afirma.
Ella dice: esa es cuestión,
que primero nos obliga
cumplir á Dios la palabra,
pues en todo predomina;
es primero este precepto,
y no debo, cosa es fija,
cumplírtela, Don Manuel;
y mi razón se confirma.
Faltando las bendiciones,
que la Iglesia nos precisa
queda todo enlace nulo;
y por esta causa misma
tengo ya hecho el dictamen
de pasar aquí mi vida
para servir á Dios solo,
grandeza suma é infinita.
El al momento responde,
Teresa, tú ya deliras:

7
á Dios sirve, á Dios agrada
la muger que con medida
á su marido le asiste
en la maridable vida:
mira que injurias al cielo,
y hasta el mismo Dios irritas.
Ay de mí! ya Don Manuel,
me confieso convencida;
vuelve despues, que yo en tanto
quiero un rato recogida
mirarlo bien, para darte
de aquesto la razón fija:
y al punto se recogió
llorando á lágrima viva.
Al devoto Crucifijo,
hincada de ambas rodillas,
con mil afectos del alma
estas palabras decia:
á vos, celestial Pastor,
vuelve esta oveja perdida,
buscando vuestro rebaño,
pues sois autor de la vida.
Amorosísimo Padre,
esta pecadora hija
á vuestra clemencia apela;
y pues es tan infinita,
Señor, tu misericordia,
ampara á esta desvalida.
Pequé, Señor, contra vos,
ciega, torpe é inadvertida;
sois justiciero y piadoso,
no queráis sea perdida
la sangre, que por mí fue
en vuestra pasión vertida;
halla en vuestro dulce amparo
consuelo tanta fatiga;
dame luz para que acierte
y no camine perdida.
En esta súplica estaba,
cuando advirtió que venia
hacia ella un resplandor
de una blancura esquisita,

y que una voz venerable
 decia con melodía:
 no tengas temor, Teresa,
 que venga á darte alegría.
 Oyéme sin sobresalto,
 que yo soy el alma misma
 de Don Manuel, que por tí
 gozo de la gloria dichas:
 Dios oyó tu peticion,
 y así el mismo Dios me envia
 para avisarte, Teresa,
 del lazo en que estás metida.
 Y para tu desengaño,
 y que estés más prevenida,
 te digo que es el demonio
 ese que te persuadia,
 que tomando mi forma y trage,
 con una infernal codicia
 quiere llevarte consigo
 á las infernales simas.
 Ves al convento, y en él
 haz las diligencias dignas
 de cristiana, y luego vuelves
 á este sitio y te retiras:
 preservándote de los lazos
 de ese autor de la mentira:
 y con esto queda en paz,
 Dios te ayude y Dios te asista.
 Apenas se partió el alma
 de este mundo á la otra vida,
 el demonio que está hecho
 un centinela de vista,
 volvió á entrar segunda vez,
 diciendo: Teresa mia,
 ese es el fiero demonio
 con maña muy discursiva
 y en sus lóbregas cabernas
 quiere verte sumergida,

pues ser mi espíritu finge,
 y que el mismo Dios le envia.
 Díjole Teresa entonces:
 luego tú segun te esplicas
 dices no eres el demonio?
 pues híncate de rodillas,
 pídele misericordia
 á este Señor que nos mira,
 para que se compadezca
 de nosotros algun dia.
 Y el demonio le responde:
 eso no, no lo permita
 jamas mi altiva soberbia
 que yo me avasalle y rinda.
 Pues vete infernal dragon
 á las brasas prevenidas
 que por tu soberbia tienes
 en el abismo adquiridas.
 Desapareció el demonio,
 bramando como una hidra,
 dejando todo el desierto
 asombrado con sus iras.
 Quedó Teresa pasmada
 de lo que le sucedia,
 y armada de su valor
 para el convento camina:
 confesó generalmente
 y á la cueva se retira,
 donde acabó santamente
 al otro siguiente dia.
 Los Religiosos la hallaron
 al cabo de algunos dias,
 difunta, y que todo el sitio
 en fragancias trascendia:
 al convento la llevaron
 con la descencia debida,
 y despues de las ecsequias
 sepultura le destinan.

F I N.

Con licencia. Valeneja: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, nº 18, donde se hallarán un gran surtido de diferentes y demás títulos de retacería.

